

Palabras de Malú Huacuja del Toro durante la presentación de sus libros *La lágrima, la gota y el artificio* y de *El álbum de la obscenidad* en la Vigésimo Quinta Edición de la Feria del Libro de Tijuana.

Buenas tardes. Quiero dar las gracias a la Librería Sor Juana por hacer posible que esté yo hoy aquí en la Feria del Libro de Tijuana. Me estremece este ejercicio de tolerancia. Acostumbraba yo relatar la anécdota de la única vez que me habían invitado a una feria del libro en México, me desinvitaron. Tratábase de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara que iba a contar con la presencia de Laura Esquivel y, para no ofenderla con mi presencia, o con mis entonces 36 años y con mis libros, me dijeron que por favor no fuera. Prefirieron ofenderme a mí que soy escritora. Gracias a la asistencia de ustedes hoy aquí ya no voy a poder platicar esa anécdota, y me iré del país mañana con un recuerdo distinto.

“No se habita un país, se habita un idioma: una patria es eso y nada más”. dice Ciorán.

Me fascinaba esa máxima. La saboreaba cabalmente mientras vivía en México. Pero estaba en mi camino tener la experiencia contraria. Emigré del país, tuve que mudarme de un idioma a otro no sólo como residente sino como escritora y lectora, no por elección sino por vocación, y el limitado español que se habla en Estados Unidos es una traducción del más pobre inglés. Como decía Humberto Eco, el problema no es que en un futuro todos hablemos inglés sino qué inglés es el que vamos a hablar: ¿el de Shakespeare o el Bill Gates? Todo indica que no será “*what’s in a name? that which we call a rose*”, sino “*welcome to the automatic service of your credit card*”. En esta pobreza lingüística no sólo del español sino del inglés, se desatan despropósitos tan infames que resultan casi geniales: esta semana, un médico dominicano-neoyorquino recomendó en un programa de radio tomar “drogas” porque ya no recuerda la palabra “pastillas ni medicinas”. “Tome drogas calmantes”, dice el doctor. No pude

evitar recordar los muchos desvíos semánticos y argumentales con los que se fue elaborando la historia del libro del que hoy ustedes generosamente vienen a oír hablar.

Nací, crecí y pasé la mayor parte de mi vida en la ciudad donde fue alcalde Hank González padre. Después fui a vivir a la ciudad de Giuliani. Me tocó presenciar el temblor del 85 en el Distrito Federal y los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. La aventura por la preservación de la palabra, el concepto y su correspondencia vital o la falta de esta congruencia es el tejido que cuento. La historia de *La lágrima, la gota y el artificio* se desarrolla en estas dos ciudades y en una más: la de Richard Joseph Daley, el enemigo de Martin Luther King Jr., alcalde vitalicio de la ciudad de Chicago, donde salvo un breve receso de una administración instauró una dinastía regente hasta la fecha: su hijo acaba de ser elegido, en febrero, y en Chicago —en el país que Octavio Paz erigió como un modelo de democracia en su imaginación— no hay límites para la reelección. Chicago sigue en los tiempos de Don Porfirio. El actual alcalde Daley puede seguirse

postulando hasta el día de su muerte, como su papá. Esto en una nación que ha emprendido tantas guerras en nombre de la democracia constituyó el escenario donde fui descubriendo una trama imaginaria de paradojas.

Crecí mirando a una generación que lograba convertirse en todo lo que odió de joven. Un sector representativo de la generación del 68 en la ciudad de México me enseñó que hay que tener principios sólo para combatirlos cuando se cumplen 40 años. Provengo de una familia donde a la mujer no sólo se la considera social y hasta ontológicamente inferior a los varones sino donde se conserva de ella la imagen bíblica de su relación con fuerzas demoníacas. No me quedó más remedio que empezar a consultar otras opiniones. Las encontré en los libros. No en los que se escribían en México sino en cómo se escribían. Uno de mis escritores favoritos obtuvo un premio literario (estoy hablando de una época en la que los concursos literarios, algunos, no se decidían en la cueva de Alí Babá con sus cuatro ladrones y sí eran dignos de tomarse en consideración)... Este escritor subió triunfante al estrado a recoger su reconocimiento e hizo uno menos común de lo que sonó: dar las gracias a su esposa por haber pasado a máquina el libro que lo dio a conocer, que es lo que hacen todos los escritores, incluso los que escriben vastas investigaciones socioeconómicas sobre la desigualdad de género en México o imponentes trabajos periodísticos sobre las mujeres asesinadas en ciudad Juárez. Pero no, lo peculiar de este agradecimiento es que su mujer, en su juventud, tal como yo la conocí, fue una feminista brillante; no evocaba la imagen de la cocinera

abnegada que guarda silencio mientras el intelectual escribe, y que le pasa a máquina sus trabajos. Por eso creo que este libro y, de hecho, mi vida adulta, se los debo a mujeres que vivieron enterradas en una generación inmediatamente anterior a la mía, que dejaron su esperanza, pero que no pudieron dejar su ejemplo.

Consulté cómo se escribían los libros y también los que no se escribían. Simplemente me pregunté respecto de la literatura misógina de Eusebio Ruvalcaba o de Rafael Ramírez Heredia o de Gerardo de la Torre y tantos otros, donde no sólo los personajes femeninos son una caricatura —eso es lo normal incluso en libros escritos por las esposas casadas con el régimen y con maridos también casados, no con ellas sino con el régimen—, sino que de hecho celebraban la supuesta vileza, estupidez y prostitución de la mujer. Son autores que han hecho de la misoginia un estilo literario y no todos ellos malos narradores. No estoy criticando la literatura de calidad ni creo que deba ser suprimida por su contenido. Pero sí me pregunté cuánta violencia de género imaginaria engendra un texto así, y qué sucedería si una mujer hiciera lo mismo a la inversa. El ejemplo era insostenible: una mexicana, escritora, de literatura misándrica. ¿Sería publicada en las editoriales grandes y los medios de circulación nacional donde a sus contrapartes masculinas se les aplaude la agudeza y el ingenio? ¿Permanecería en el estrado de la atención los años que estos cuentistas y novelistas han perdurado y madurado como creadores? ¿Qué pasaría realmente con una escritora que, en lugar de dedicarse a la corriente literaria de la

apología del trapeador que hoy cultivan las novelistas de la cultura oficial y comercial, comenzara sus historias burlándose de los hombres como los escritores lo hacen de sus mujeres? La pregunta era una curiosidad que se convirtió en personaje: Densita Miranda, la hija de un reconocido novelista misógino en la ciudad de México, heroína y objeto del deseo en *La lágrima, la gota y el artificio*.

En honor a la verosimilitud, que es mi patrona —y la única que sí me ha pagado siempre muy bien—, Denisita no podía ser propiamente una escritora porque no respeta el oficio de su padre, pero que si hubiera intentado serlo, a las primeras que habría escandalizado habría sido a las mujeres, no a los hombres, y no siempre por las mejores razones, esto es, por el escándalo ante el odio de género. Vi que habrían sido ellas quienes le habrían impedido publicar, y no siempre por motivos humanitarios. Como síndrome de Estocolmo, casi tan natural como los feminicidios o la violencia doméstica es cada oportunidad que la mujer los justifica o los encubre o abiertamente persigue u obstaculiza a las mujeres que protestan. “Yo no soy feminista”, les aclaran a los hombres hasta las feministas en nuestros tiempos. Y, desde luego, si nuestro modelo de mujer feminista es Rosario Robles, si nuestra imagen de mujer liberada es la de Rosario Robles en su papel de amante, del brazo de la esposa en la fila de las mujeres de los presos, reproduciendo la obra de Carballido *Rosa de dos aromas*, es difícil figurarse de qué clase de liberación están estas mujeres hablando.

Por otro lado, si la norma de escritora independiente, libre y autónoma es una pilla ganadora de

premios espurios, saqueadora de espacios en la prensa, mantenida por los gobiernos —por todos los gobiernos—, con becas vitalicias cabildeadas, usurpadas a otros, apuntada como portavoz de todas las campañas políticas de todos los artistas, y de todas las campañas artísticas de todos los políticos, o bien, una holgazana rodeada de escribanos que le hacen el trabajo, ¿quién querría ser escritora o por qué? Ante eso, la cocinera abnegada prefiere seguir lavando los trastes y preparando el arrozito. Frente a la vasta cantidad de mexicanas heroicas, libres y honestas, lo que la cultura oficial nos pasa en la prensa y la televisión es a Rosario Robles para que nos desanimemos todas. “Si en eso acabas por tratar de ser alcaldesa liberada, mejor planchar camisas”, decimos.

Al respecto, este martes en Nueva York fui a una ceremonia de reconocimientos al periodismo sobre asuntos de derechos civiles y laborales, y un galardonado fue quien para mí es uno de los mejores directores de cine norteamericano, con vida, si no el mejor: Spike Lee. Fue premiado la semana pasada por el documental que acaba de hacer sobre los estragos del huracán Katrina, y conocerlo me hizo recordar algo que alguna vez él mismo declaró a la prensa: “En este país — Estados Unidos—, donde a los negros nos están vedados tantos derechos, como artista tú no te puedes dar el lujo de la mediocridad. Tienes que ser doblemente talentoso, doblemente riguroso, y tienes que estar doblemente preparado para que, en un futuro, los demás no tengan que enfrentar un camino tan difícil como el tuyo”.

Creo que algo similar podría aplicarse en México respecto a las mujeres artistas.

Nunca es tarde para dejar de defender la mediocridad femenina. Más valioso que tener talento, es no defender la mediocridad femenina.

Especialmente en una sociedad patriarcal como la mexicana. Si las condiciones fueran distintas hoy en día, tendría menos importancia, pero en este país retrasamos el reloj cada vez que justificamos la delincuencia de las mujeres políticas o protegemos la liviandad de las mujeres intelectuales, y les dejamos todavía más problemas a quienes quieran intentarlo después.

El antecedente de *La lágrima, la gota y el artificio* es *El álbum de la obscenidad*. Este libro surgió en parte de la urgencia de contar de primera mano, ya sea a través de la crónica o el relato, lo que otros estaban firmando como si estuvieran en Nueva York sin estarlo. No me refiero sólo a casos como el del reportero de *La Jornada* que, estando en Washington, en un momento en que todo transporte aéreo, marítimo y terrestre quedó cancelado —como bien sabemos los que sí estábamos en Manhattan— fechaba sus notas en Nueva York. Esto a veces en una práctica del periodista, pero no puede serlo del cronista. Me refiero precisamente a los documentales, crónicas y hasta películas que se hicieron posteriormente. Hubo incluso un trabajo colectivo de documentales cinematográficos sobre los ataques a las Torres Gemelas con gente que no había estado en Nueva York, y por ahí se estaba preparando también un libro de escritores de la cultura oficial de México y Latinoamérica sobre el 11 de septiembre, cuya peculiaridad más

notable era que ninguno se hallaba en Nueva York ese día. Habiendo tantos, no invitaron a ninguno que sí lo estuviera. Hoy está con nosotros Marco Vinicio González de Radio Bilingüe, por ejemplo. Él es uno de los mejores periodistas de México residentes en Estados Unidos, ex subdirector de la Casa de la Cultura de Tijuana por muchos años, y quien sin duda es uno de los reporteros radiofónicos que más conoce la realidad de los trabajadores mexicanos indocumentados en Estados Unidos. Él sí se encontraba presente en Nueva York ese día. Nadie lo llamó a participar en ese libro ni en ningún otro trabajo de periodismo ni de crónicas sobre el tema. En tanto, al entonces agregado cultural Hugo Hiriart, que se limitaba a hablar de sus problemas de transporte personales para ir al consulado y de sus amigos, lo publicaban semanalmente. En la actualidad, el ex funcionario del consulado Hugo Hiriart vive en el Distrito Federal, pero publica en la revista *Letras Libres* sus artículos fechados en Nueva York. Dicen que firma así ya nada más por costumbre. A raíz de esta impostura de firmar desde lugares donde el autor realmente no se encuentra, a mí se me ocurrió hacer un libro de crónicas y relatos desde donde sí me hallaba —físicamente quiero decir—, quizás para variar un poco, a riesgo de que me fueran a amonestar por realmente haber estado ahí. El editor Fernando Valdés fue quien tomó ese riesgo junto conmigo.

Creo que, si no por su valor literario —que no me corresponde juzgar—, el carácter controvertido de mis libros habla también algo de mis editores, de Fernando Valdés y de la directora de la editorial Ariadna, Catalina Miranda; de su vocación de

tolerancia y pluralidad, de su empeño y, a veces, de su valentía también, además de su profesionalismo. Hoy estoy aquí sobre todo gracias a las diligencias empeñosas y empeñadas de una editora independiente tan singular como Catalina Miranda que apostó por *La lágrima, la gota y el artificio*, y al esfuerzo de una librera no Medina, la dueña de la librería Sor Juana. Por ellas y por Plaza y Valdés, pero sobre todo porque existen lectores como ustedes, me regreso mañana a Nueva York pero mis mejores recuerdos —ésos sí— estarán fechados y firmados en Tijuana.

Tijuana, 26 de mayo de 2007.

